

# LOS CARACTERES DE LOS HERMANOS DELHUYAR LUBICE

POR

SALVADOR SÁENZ CENZANO

Cronista Oficial de la Ciudad

Todo ensayo biográfico, o  
aporta nuevos puntos de vista  
sobre la personalidad que estu-  
dia o no sirve para nada.

(L. Caballero Pozo)

Durante el manejo y cotejo del aparato documental y bibliográfico que utilizo al preparar sendas biografías, en lo posible novedosas, de los hermanos Juan José y Fausto DELHUYAR LUBICE, atracción análoga a la que experimentó el primer biógrafo serio de Fausto, Don Antonio Gálvez Cañero (1) váme ganando el ánimo y van dibujándose *in mente* todavía en penumbra, los retratos ideales de sus caracteres y personalidades, aspecto apenas rozado por sus historiadores. Teniendo presente que la psicología de los personajes de la Ilustración, en cuyo clima histórico florecieron, es bien distinta en complejidad y alcance de los actuales proletarios de la inteligencia, absorvidos en la masa y enjaulados en el especialismo, ni pretender encasillarlos en clasificaciones escuetas, a modo botánico, sino jalonando una primera impresión del avance indagatorio.

Si el carácter del hombre obedece a constantes psíquico-somáticas—genio y figura hasta la sepultura—, al irse integrando en la síntesis la personalidad padece desviaciones, cambios, revulsiones, nacidas en su medio interno por la propia evolución vital o en el externo, por causas físicas o sociales cuya influencia

---

(1) *Apuntes biográficos de Don Fausto (DELHUYAR LUBICE)*.  
Madrid, 1933.

debe constatarse. Dos palabras de la terminología psicológica golpetean de continuo la atención, y sobre todo en Juan José parecen definidoras en un sentido de esquematización primaria, pero que han de imprimirse en forma de interrogantes por las razones dichas y por necesitar unas conclusiones terminantes de un más profundo y acaso especializado exámen.

*¿Introvertido Juan José y extravertido Fausto?*. Así parece desprenderse del fluir de sus conductas según acotaciones hechas a trabajos que de ellos se ocupan, o de cartas a ellos dirigidas o por ellos redactadas; elementos de juicio, éstos últimos, que junto con los retratos, se estiman hoy como los mas limpios espejos de las almas. Comentando el citado autor el contraste que observa entre los tres retratos de Fausto que publica, dice en las páginas 124 y siguientes (1).

«Había cumplido entonces Don Fausto Delhuyar treinta y dos años y era hombre tan culto como distinguido. De esta época es el admirable retrato suyo que se conserva en nuestro Consejo de Minería, que es indudablemente una obra maestra, aunque no fuera pintada por Mengs, como se ha supuesto, ya que el gran artista al que se ha atribuído, había fallecido diez años antes de la fecha en que Delhuyar estuvo en Viena. Además Mengs, pintor de cámara de Carlos III, trabajó en Madrid en la época en que Don Fausto era casi un niño, y ya muy quebrantado de salud se trasladó a Roma, sin que fuera posible que en parte alguna coincidiera con el personaje que el cuadro representa. De todos modos la pintura es excelente y de verdadero mérito, y dá una impresión muy exacta del agradable semblante del antiguo profesor del Seminario de Vergara. Declaro, sin embargo, que cada vez que he contemplado este primer retrato de los tres que constituyen el tema de esta modesta *Disertación*, como la llamaría D. Fausto, me he sentido un tanto desconcertado y confuso, porque a través de sus obras, de sus investigaciones y de sus profundos y ordenadísimos estudios, parece encontrarse una manifiesta discordancia entre el hombre serio, modesto, intensamente trabajador y pensativo que su labor representa y la blanca peluca y la fina chorrera de encaje que el lienzo reproduce. No es reproche, porque no existe incompatibilidad entre la sabiduría y la elegancia, pero es indudable la in-

---

(1) *Ibidem*. *El primer Centenario, de Don Fausto (Delhuyar)*—Anales de la Sociedad Española de Física y Química—Año XXXI n.º 301 Madrid, 1933.—*Tres retratos*, Revista Minera.—Madrid, 1935.

fluencia del ambiente de aquella fastuosa Corte vienesa que el hijo de Peñaflores describe a su padre en los siguientes párrafos»...

«Terminados estos estudios, abandonó Elhuyar Viena, regresó a España, y después de una rápida estancia en Madrid, embarcó en Cadiz, en la fragata Venus, fondeando en Veracruz el 4 de septiembre de 1788, y sin pérdida de momento siguió su viaje hacia la capital de la Nueva España.

De esta época o de poco tiempo más tarde es el segundo retrato que se conoce de D. Fausto, que va a aparecer proyectado en la pantalla. Diríase, al contemplarlo, que se trata de un personaje diferente: las arqueadas cejas, el ceño fruncido, el pelo liso y el semblante duro y tosco, dan a su personalidad otro aspecto que el retrato de Viena. El Presidente del Tribunal de Minería y Director general del Ramo tenía una elevada y delicada misión que cumplir, y el peso de la responsabilidad de sus cargos, en ambiente distinto, parece influir sobre sus propios rasgos fisonómicos»...

«De los últimos años de su vida es el tercer retrato del entonces Director general [en España]. ¿Quién puede recordar contemplando su ancianidad respetable la imagen representada en el lienzo pintada en Viena cincuenta años antes?

Destaca asimismo Gálvez Cañero la energía de su carácter al relatar el sonado incidente ocurrido en la capital mejicana en 15 de septiembre de 1788, al tomar posesión de su cargo de Director general de Minería en la Nueva España, y a él se refiere cuando reconociendo la impronta riojana en los caracteres de los dos hermanos, dice en la página 119 de la biografía de Fausto que venimos acotando: «Eran Don Juan José y Don Fausto Delhuyar vasco-franceses de abolengo puesto que sus padres vinieron de Hasparren y San Juan de Luz a establecerse en España, y riojanos de nacimiento y aun de temperamento y carácter como habrá mas tarde ocasión de observar».

Aunque creemos que el desvelo de sus luchas para enverar por caminos de Ley a la plutocracia minera en Méjico daría noticia de más arriegadas actitudes en Fausto, ese incidente, por la ocasión en que se produjo, y la resonancia que tuvo, ha quedado como exponente máximo de su carácter, y como tal ha sido recogido por sus dos biógrafos que escribieron en castellano, y en los adjetivos que disparó a su contrincante creemos hallar ecos de sus vivencias infantiles cuando correteara por la calle de la Herbentia, donde presumo—no afirmo—que vivieron. También

ha hecho alusión Arnaiz y Freg a la brusquedad de sus resoluciones que siempre le caracterizaron (1).

Más explícito éste, por disponer de información directa, relata así el famoso incidente: «A las diez de la mañana del día 13 de septiembre de 1788, se presentó Elhuyar a tomar posesión de sus cargos. El Real Tribunal había hecho imprimir invitaciones para la solemne ceremonia. Su magnífico salón del Real Palacio se hallaba ocupado por una elegante concurrencia. Sonó la campanilla del Presidente y se abrieron las puertas del salón. Entró Don Fausto y tomó asiento en una de las bancas laterales del sitial. El Secretario del Tribunal leyó la Real Orden que nombraba a Elhuyar Director general del importante Cuerpo de Minería. Y puestos de pié todos los presentes, Don Fausto juró textualmente: «Por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz, defender el misterio de la Purísima Concepción de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, observar las Reales Ordenes y hacerlas cumplir; hecho lo cual pasó a tomar asiento bajo el dosel, y como Don Ramón Ruiz de Liceaga, el diputado de minería de mayor influjo en el Tribunal, le señalara el de su lado izquierdo, en medio de los otros señores diputados, Elhuyar reclamó no corresponderle dicho asiento, «sino el primero y de preferencia». Ruiz de Liceaga respondió con violencia que a él le tocaba la presidencia del Tribunal, por ser el primer diputado general. La discusión fué elevándose de tono con rapidez y cuando ya las voces estaban agrias y Elhuyar había llamado a su adversario *corto de vista, hipocondríaco y atrabiliario*, se ordenó despejar el salón, cerrándose las puertas y disponiéndose que se trajera un expediente formado con motivo del fallecimiento de Don Juan del Hierro, en el que Liceaga pretendía fundar su absurda pretensión. Leídos los documentos, Elhuyar declaró que se allanaba a tomar posesión bajo la protesta que hacía del uso de sus recursos y derechos sobre la preferencia en el asiento. «De manos de Liceaga recibió el Director un bastón como insignia de la Real Justicia, y tan pronto como terminó la ceremonia, solicitó un testimonio oficial de lo sucedido para presentar con la mayor rapidez su queja al Rey de España. Cuatro meses después, una Real Orden expresa obligaba a los diputados de Minería dejar a D. Fausto en posesión de la Presidencia y del asiento principal».

---

(1) Arnaiz y Freg, Arturo. *D. Fausto de Elhuyar y de Zubice*.—  
Revista de Historia de América. - n.º 6, México, 1939.

El estilo es el hombre. Todos los autores coinciden en que el estilo literario en los dos hermanos aparece como selecta expresión del bien decir en una época en que rezuman los escritos empalago y pedantería. Se distingue el de Fausto por su claridad, precisión y elegancia; caracteriza a Juan José el cuidado del modo expositivo que vigoriza la calidad didáctica de sus escritos dirigidos en general a gentes de parva comprensión. Ambos son «transparentes y acabados; no contienen frases ni conceptos de significación dudosa, ni enseñanzas incompletas, sino bien remachadas». La Memoria que publicaron en 1785, en los *Extractos* de la Real Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País, dando cuenta de sus trabajos y descubrimiento del Wolframio con el título «Análisis químico del wolfram y examen de un nuevo metal que entra en su composición», mereció del severo Fages y Virgili (1) los siguientes juicios críticos: «...» es el encabezamiento de la Memoria publicada por los «Extractos» citados, y en la que no hay párrafo que no admira, ni concepto que no revele la genialidad de sus autores, ni detalle que no pruebe el gran conocimiento que tenían de la química de su tiempo y de la técnica analítica... «No recuerdo análisis química hecha con fecha igual o anterior a la que hicieron del wolfram los hermanos de Lhuyart, (2) que supere ni aun iguale a este en precisión, rigorismo y exactitud. Ni creo haber leído, y he leído bastantes, ningún trabajo químico de aquella época que esté redactado en forma más ordenada y científica, ni más parecida a las Notas que ahora publicamos, que el análisis del wolfram; en muchos párrafos podemos hasta olvidar la fecha en que se hizo el trabajo, pues parece contemporáneo. Hasta los datos bibliográficos con que empieza la Memoria, y que prueban, además, la granrudición de nuestros químicos, se leen con gustosa sorpresa; no cabe actualmente hacer un preámbulo más instructivo, ni más honrado, ni más sencillo que el que precede a los trabajos personales de los Lhuyart, ni cabe tampoco una forma de exposición más seria, ni más modesta de sus descubrimientos». Otros comentaristas de sus escritos—que por su extensión no reproducimos—deducen de ellos, especialmente de

---

(1) Fages y Virgili, Juan. *Los químicos de Vergara y sus obras*. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales.—Madrid, 1909.

(2) Reproduzco los apellidos tal como se escribieron. Su ortografía ha sido planteada recientemente por el Profesor Arthur P. Wiltaker y resuelta definitivamente por mí. Véase el n.º XXXII de esta Revista.

sus cartas, constancia en sus caracteres de honradez, modestia, discreción y caballerosidad que reconocen unánimes. Si la personalidad de Fausto transparenta brillantez, decisión, claridad, en su «extraversión» al mundo externo, la de Juan José adolece de opacidad que vela timidez, indecisión, limitación que se enajena, recogimiento en sí mismo: «introversión». Por esto, y por la atracción ejercida por la figura de su hermano menor, quedó muy en segundo término para los historiadores, lo que dió lugar a reacciones vindicadoras, especialmente de Fages y Virgili, con criterios contrapuestos—Moles—que en su lugar preciso serán examinados. Desde su destino al Nuevo Reino de Granada, como Director general de minas en 1784, queda troncada su biografía, y sólo se conocen noticias esporádicas, insuficientes para una biografía sistemática. Por fortuna, para este ensayo de conocer los rasgos fundamentales de su carácter, sirve, como se hubiera preparado de intento, el epistolario contenido en los «Manuscritos de Mutis» que conserva el Archivo del Jardín Botánico en Madrid.

El sabio naturalista español José Celestino Mutis, propuso, recomendó y consiguió fuera nombrado para el alto cargo, y fué su amigo y consejero, consocio en promociones de explotaciones mineras, colaborador científico, amigo entrañable, y de hecho, su Director espiritual durante su vida en América, hasta que falleció en Bogotá en 1804, lapidando la memoria de su amigo íntimo con esta frase que ha recogido la historia «Ha sido la pérdida irreparable de un hombre bueno, justo, sabio y gran patriota».

El más moderno de los biógrafos de Mutis (1) se refiere a Juan José cuando dice en la introducción de su obra: «Estudió en París durante cinco años las Matemáticas, la Química y la Historia Natural; pensionado por el Gobierno español, para que estudiara las Ciencias mineralógicas pasó a Freyberg, donde cursó tres años, trasladándose a Bohemia y Hungría empleando un año entero en recorrer las minas y fundiciones de metales: otro año más en viajes por Suecia y Noruega en minas y fábricas de cañones por encargo especial del Gobierno. Tuvo por compañero en las comisiones del Nuevo Reino a Don Angel Diaz natural de Nalda, que había estudiado en Vergara. Falleció éste en octubre de 1796. Elhuyar se estableció en Mariquita para aten-

---

(1) Hernández de Alba, Guillermo. *Archivo epistolar del sabio José Celestino Mutis*. Bogotá, 1949.

der de preferencia al laboreo de las minas de plata, que tanto halagaban entonces tanto al Gobierno como a los particulares, con la esperanza, no pocas veces burlada, de grandes riquezas. A Delhuyar acompañó Mutis; y cuando el descontento y la tristeza principiaron a apoderarse del ánimo del entendido mineralogista castellano, el sabio sacerdote y fiel amigo continuó a su lado animándole y confortándole. «Mi residencia en Mariquita, decía Mutis, ya desde aquel punto se hizo necesaria para sostener, animar y consolar al sabio Delhuyar y a su compañero, en un país ingrato y que se resistía a su misma felicidad».

En 20 de julio de 1875, le escribe Mutis estas pocas palabras que nos dicen sobre el carácter de Juan José todo un tratado de psicoanálisis:

«En leyendo V. merced me la devolverá la relación impresa de las ruinas causadas en la capital el día doce por el terrible terremoto que tanto nos ha consternado; pero a V. merced EN ESTANDO DISTRAIDO EN SU INTERIOR, TOTIUS ORBIS RUINA IMPAVIDUM FERERIT».

De que en servicio de lo justo, sabía mantenerse erguido frente a quien fuese, nos informan estas líneas entresacadas de sabrosa carta de Mutis a él dirigida:... «Anteanoche estuvo aquí madama Gouvernante, de oficio, y según decía, a escondidas del hombre; naturalmente para explorar el terreno. La sesión fué larga: oyó maravillas, todo con el decoro a sus faldas y al tal cual gracejo con que se produce y daba motivos a, en tono de chanza y con serenidad, decirle verdades. Donde se puso final a la sesión, que iba larga, cuando contestando yo a los principales puntos (como si los hubiera estudiado) tuvo la penetración y advertencia [de preguntarme] si había visto el último oficio [de Elhuyar] *Tan atrevido, tan descarado, tan desvergonzado tan y tan* que me obligó a darle taponazo. Dijele que no sabía ni podía yo fingir, ni mentir, y así que lo había visto. Aquí redobló la curiosidad repreguntándome ¿qué concepto había formado? Que muy bueno, le respondí, muy al caso, y que una vez que V. merced lo había firmado lo tendría muy bien meditado. Pues ya no me queda mas que decir, respondió Su Señoría ¿Con que esto no podrá componerse? Dificultoso lo veo (le dije), pues sería empeño arduo darle a entender a su marido que se ha *precipitado dos veces*. A este tenor iban las respuestas y le volví a repetir el pildorazo, que ella ya sabía, de que el lugar de su marido lo ocuparían dos cientos, etc. etc. Mas sepa V. merced también que ya le tiran al infeliz del alemán

(minero de la expedición que dirigía Elhuyar). En mi presencia le llamó hugonote, pero yo le reconvine a Madame con sus frecuentes confesiones y comuniones, para que tuviese mas caridad. Y es visto que este es otro tiro. Basto de hablar por escrito. Vaya V. merced pensando un buen oficio que yo no me quedaré atrás»...

Sintetizando juicios de autores y sugerencias que los documentos deparan, se configuran tres notas esenciales y permanentes en sus caracteres: honradez, modestia y energía; ejercitando la primera hubieron de combatir maniobras y propósitos innobles, infames a veces, padeciendo Fausto de calumnia vil que su energía supo vencer, y Juan José de un atentado criminal en el que vertió su sangre. Por su modestia, nimbada de sinceridad, hubieron de reconocer y declarar los méritos ajenos, en conflicto con los propios, en tareas científicas, calibrando justamente unos y otros, por lo que merecieron amistades, afectos y confianzas, entre los sabios de la época que redundaron en beneficio del prestigio y el Tesoro de su patria; y por su energía al frente de sus altas y muy responsabilizadas funciones supieron imponer sus saberes y convicciones con fondos dialécticos y formas tan corteses como irrefutables.

Sugestivo tema de psicología comparada el de sus caracteres para una tesis doctoral que brindamos a la juventud estudiosa de la Rioja.

Como conclusión inacabada quede este epitafio que sus vidas cincelaron: Sirvieron a la Ciencia y a su Patria, y murieron pobres. Juan José agobiado de tristeza, en Bogotá, en 1804, y Fausto en ese accidente fatal que parece peculiar a los sabios ensimismados: rodó por una escalera y se fracturó el cráneo en Madrid en 1833.